

La recepción de Vallejo en España

1. La recepción histórico-biográfica y literario-poética

César Vallejo sale del Perú el 17 de junio de 1923. No regresará nunca a su patria. Tiene treinta y un años. El 13 de julio llega a París, ciudad en la que morirá el 15 de abril de 1938, viernes santo.

Sobre su vida, pasión y muerte en la capital de Francia se ha dicho bastante, se ha escrito mucho y se ha fantaseado más. No hace a nuestro tema entrar ahora en el avispero de viejas o nuevas opiniones al respecto. Sí, en cambio, nos interesa recordar que, entre las personas que Vallejo va conociendo y tratando, se encuentran Neruda y Picasso, y que traba una estrechísima amistad con el también español Juan Larrea: en 1926 colabora con él en la efímera revista *Favorables París Poema*. Pero no será Larrea quien haga posible que Vallejo vea cumplido uno de sus deseos más íntimos y queridos: el de viajar a España. Quien lo hace posible es el poeta y diplomático peruano Pablo Abril de Vivero, Primer Secretario de la Legación del Perú en Madrid y amigo de Vallejo desde los tiempos de Lima. Gracias a los buenos oficios de Abril de Vivero, obtiene Vallejo del Gobierno Español una beca de cuatro mil pesetas para estudiar la carrera de Derecho (Leyes o Jurisprudencia) en la Universidad Central, en Madrid. Esta beca es el motivo directo y concreto para que Vallejo viaje a España. Lo hace por primera vez en 1925. Viajará también en 1926 y en 1927. Pero lo hace tan sólo para cobrar el dinero de la beca, acto para el que se exigía la presencia personal del becario. Así pues, Vallejo no viene a España para estudiar. De hecho, ni siquiera llega a estar matriculado en la Universidad, lo que quiere decir que no asistió ni a una sola clase en sus aulas. Deja de percibir la beca en 1927, tal vez por «discrepancias con la política seguida por el Gobierno del General Primo de Rivera», como cree Pablo Corbalán; en realidad, y a mi juicio, le fue anulada la beca, o renunció a ella espontáneamente, por simples y evidentes razones de ética personal;

¹ Cfr. Pablo Corbalán, «Estancias de César Vallejo en España; con un poema y un artículo rescatados», en *Informaciones de las artes y las letras*, Madrid, núm. 62 (4 de septiembre de 1969).

² *Ibid.*

³ Cfr. Francisco Martínez García, César Vallejo. Acercamiento al hombre y al poeta, León, Colegio Universitario, 1976, pág. 56.

⁴ *Alfar*, núm. 33 (octubre de 1923), pág. 19.

⁵ *Alfar*, núm. 39 (abril de 1924), págs. 15-17: se trata de un cuento, calificado por Enrique Anderson Imbert como «de clima fantástico».

⁶ *Alfar*, núm. 44 (noviembre de 1924), págs. 20-23: se trata de una reseña periodística sobre el Salón. En ella Vallejo se coloca en una situación frontalmente opuesta a la crítica francesa de tono conciliadoramente político.

⁷ *Alfar*, núm. 55 (enero de 1926): se trata de unas interesantes reflexiones sobre el arte cubista.

⁸ Estos son los artículos, referenciados por orden de aparición, de acuerdo con el ritmo quincenal de la revista: «Un reportaje en Rusia», *Bolívar*, núm. 1 (1 de febrero de 1930), págs. 15-16; «Un reportaje en Rusia II. Historia de un militante bolchevique», *Bolívar*, núm. 2 (15 de febrero de 1930), pág. 15; «Un reportaje en Rusia III. Revelación de Moscú», *Bolívar*, núm. 4 (15 de marzo de 1930), págs. 5-6; «Tres ciudades en una sola. IV. Un reportaje en Rusia», *Bolívar*, núm. 5 (1 de abril de 1930), pág. 13; «Sectorios sociales del soviét. V. Un re-

así parece desprenderse de una carta del propio Vallejo a Abril de Vivero, fechada el 3 de septiembre de 1927; le confiesa: «tengo 34 años y me avergüenza vivir todavía *becado*».

Pablo Corbalán publicó en 1969 un artículo¹ en el que sostenía que «la primera publicación del gran poeta aparecida en nuestro país, al que tanto amó y con tan profunda pasión», fue el artículo «Hablo de José de Creeft», aparecido en la revista *Sirio*, de Almansa (Albacete), de la que salieron tan sólo dos números, en los meses de agosto y septiembre de 1925, respectivamente. Añade Corbalán:

Este supuesto se basa, además de lo dicho, en que en ninguna de las bibliografías del peruano reunidas hasta ahora se encuentra referencia alguna que indique que Vallejo publicara nada antes de dicha fecha (1925) en revistas o periódicos españoles. Por otra parte, el artículo de referencia no consta registrado en ellas, por lo que hay que considerarlo, dada la brevedad de la revista y lo limitado de *Sirio*, poco menos que desconocido².

Pablo Corbalán no estaba en lo cierto. Sin embargo, yo mismo adherí a su opinión cuando escribí mi primer libro sobre Vallejo³, aunque tuve la prudente desconfianza de matizar el dato diciendo que el artículo sobre José de Creeft era «con toda probabilidad, el primer trabajo de Vallejo publicado en España». Esa «probabilidad» se derrumbó porque Vallejo había publicado en España antes de viajar a España. Lo había hecho en 1923 y en 1924 en la revista *Alfar*, de La Coruña, que dirigía el uruguayo Julio J. Casal. Vallejo envió a éste algunas colaboraciones que él le pidió; en concreto, se publicaron en *Alfar*: el poema «Trilce»⁴, «Los caynas»⁵, «Salón de las Tullerías de París»⁶ y «El Salón de otoño en París»⁷.

En consecuencia, Vallejo había sido ya recibido en España antes de llegar a España. Por supuesto, no me estoy refiriendo ni a *Los heraldos negros* (Lima, 1919) ni a *Trilce* (Lima, 1922), poemarios más o menos conocidos en los círculos poéticos españoles antes de 1924; me refiero a obras escritas por él para ser publicadas por primera vez en España, y que lo fueron.

Vallejo no vuelve a viajar a España hasta 1930. Lo hace ese año, reciente aún su segundo viaje a Rusia (1929), y publica, en la revista madrileña *Bolívar*, dirigida por Pablo Abril y órgano de los estudiantes hispanoamericanos en Madrid, una serie de diez artículos con el título «Un reportaje en Rusia»: en ellos recoge Vallejo sus impresiones, recuerdos y juicios de los dos viajes realizados a Rusia⁸. Viaja a lo largo y ancho de España, junto con su compañera Georgette Phillipart (con la que se casará en 1934). Se relaciona con Rafael Alberti, con Corpus Barga y con otros escritores. Y en julio la Editorial Plutarco publica, con prólogo de José Bergamín y poema-salutación de Gerardo Diego, la segunda edición de *Trilce* —recuérdese la primera: Lima, 1922—, en un volumen de doscientas páginas y con portada dibujada por el propio Vallejo. En Madrid comienza a escribir su primera obra teatral, *Mampar*, obra que no llega a terminar y que, inconclusa, destruye poco después. Regresa a París, toma parte activa en manifestaciones callejeras y en reuniones clandestinas, es detenido repetidas veces y vigilado permanentemente por la policía, y, «por su filiación a círculos comu-

nistas», la Dirección de Seguridad del Ministerio del Interior del gobierno francés lo expulsa de Francia, por decreto de 2 de diciembre de ese año 1930. La querencia de la madre patria —que así gustaba Vallejo nombrar a España— lo atrae de nuevo a su regazo. El día 29 de diciembre se encuentra ya en Madrid, con Georgette.

El año 1931 es su año español por excelencia. Lo vive enteramente aquí, con la sola excepción del tercer viaje a Rusia en el mes de octubre. Asiste, en abril, al nacimiento de la República, pero sin entusiasmo alguno, porque, para él y en aquellos momentos, tenía validez absoluta la frase de Lenin: «Una revolución sin sangre no es revolución». Traduce del francés y son publicadas por Editorial Cenit tres novelas⁹. A juicio del vallejanista Magnus Enzensberger, los años vividos en Madrid son los más felices de la vida de Vallejo. Escribe la novela *El tungsteno* que es publicada por Cenit en primavera. Sin embargo, no logra publicar —aunque le había sido solicitado— el cuento *Paco Yunque*: es demasiado triste, a juicio de los editores. En cambio, *Rusia en 1931. Reflexiones al pie del Kremlin*, libro que recoge las mencionadas entregas a la revista *Bolívar* y algunas más, editado por Ediciones Ulises, es un auténtico éxito, agotándose tres ediciones en cuatro meses. Publica en el periódico *La Voz* dos trabajos: «Una crónica incaica»¹⁰ y «Las danzas del Sitúa»¹¹.

A lo largo de 1931 se robustecen las mejores amistades españolas de Vallejo: Federico García Lorca, Rafael Alberti, Antonio Machado, Salinas, Cernuda, Unamuno... y sobre todo, Leopoldo Panero, el poeta leonés de Astorga. La impresión que Vallejo causa a Panero es tal que surge, de inmediato, la chispa de una amistad imborrable. Panero hace que Vallejo viaje a León y a Astorga. Este viaje, es decir, la presencia física de Vallejo entre los leoneses y, de modo especial, entre los astorganos, es un tema aún no estudiado a fondo en sus pormenores. No tenemos un «diario» en el que estén consignados, en detalle, fechas, residencias, desplazamientos, actividades, etc. del Cholo durante su estancia en tierras de León. Lo más sustancioso sobre este asunto es, a mi juicio, lo que escribió Ricardo Gullón en su delicioso libro *La juventud de Leopoldo Panero* en el que leo lo que sigue:

La proclamación de la República y el cambio de régimen produjo en la vida de Leopoldo pocos cambios. Sí los produjo la llegada a Madrid de César Vallejo. Le admiró como poeta y le estimó como hombre. Hablaba de Vallejo con entusiasmo y, un día, convocado por él fui a la tertulia de la Granja El Henar, calle de Alcalá, donde el poeta peruano pasaba largas horas rodeado de amigos y correligionarios adoctrinándoles a su manera. Oscuro de tez, boca grande, vestido correctamente de gris y tocado con un sombrero de fieltro que no se quitó en el tiempo que permanecemos en el café, Vallejo habló poco y no pareció tan extraordinario como yo suponía. Lo mejor suyo, sin duda, estaba en la poesía. En Navidad, Leopoldo le llevó a Astorga. Vivió tres días en casa de los Panero y luego se instaló por algún tiempo en la casa de huéspedes de la Morla. Pienso en lo que acercaba a personas tan diferentes como él y Leopoldo y no me cabe duda de que además de unirles la admiración que mi amigo sentía por la poesía de Vallejo, algo más entrañable operaba en el subsuelo, algo procedente de un fondo común de humanidad tierna y no exhibida, de un genuino amor a las gentes sencillas, de una atención a las vidas humildes. Quizá fue ese amor el que llevó a Vallejo al comunismo sin alejarle por completo del cristianismo y lo que a Leopoldo le aproximó tanto al Partido que andaba por Madrid luciendo, prendida en el ojal, una pequeña insignia de plata con la hoz y el martillo¹².

portaje en Rusia», Bolívar, núm. 6 (15 de abril de 1930), pág. 15; «Vladimiro Maikovsky. VI. Un reportaje en Rusia», Bolívar, núm. 7 (1 de mayo de 1930), pág. 7; «Los trabajos y los placeres. VII. Un reportaje en Rusia», Bolívar, núm. 8 (15 de mayo de 1930), pág. 7; «Filiación del bolchevique. VIII. Un reportaje en Rusia», Bolívar, núm. 9 (1 de junio de 1930), pág. 14; «Acerca de un panfleto contra el soviét. IX. Un reportaje en Rusia», Bolívar, núm. 11 (1 de julio de 1930), pág. 5; «Moscú en el porvenir. Un reportaje en Rusia», Bolívar, núm. 12 (15 de julio de 1930), pág. 7.

⁹ Son éstas: *Elevación*, de Henri Barbusse; *La calle sin nombre*, de Marcel Aymé; y *La yegua verde*, también de Marcel Aymé.

¹⁰ *La Voz*, Madrid (22 de mayo de 1931); se trata de un original relato ambientado en usos y costumbres de los incas.

¹¹ *La Voz*, Madrid (17 de junio de 1931); se trata de un relato quechua, sin protagonista individual y en el que fenómenos naturales —eclipse, terremoto— tienen asignado un simbolismo cultural que debe ser interpretado como un mensaje de los amautas y las ocllas para que la colectividad se lance a la conquista de los tucumanes.

¹² Ricardo Gullón, *La juventud de Leopoldo Panero*, *Breviarios de la Calle del Pez*, León, Excma. Diputación Provincial de León, 1985, págs. 63-65.